

no dada la posición clave ocupada por éste dentro del grupo del Ateneo en México.

En conclusión, Serge Zaïtzeff, en este trípico de libros dedicados a Julio Torri, demuestra ser no solamente un investigador persistente sino un analista penetrante. No nos sorprende que le haya tocado el Premio Villaurrutia 1983 por *El arte de Julio Torri*, ni que en 1982 la Academia Mexicana de la Lengua lo haya elegido miembro correspon-

JAMES WILLIS ROBB

George Washington University

JULIO CAMARENA LAUCIRICA, *Cuentos tradicionales recopilados en la provincia de Ciudad Real*. Pról. de Maxime Chevalier. C.S.I.C., Ciudad Real, 1984; 361 pp.

Maxime Chevalier, quien prologa el libro, hace notar el valor de la recolección presentada que, además de mostrar lo viva que está la tradición del cuento folklórico en nuestros días aumenta el caudal de Castilla la Nueva, no sólo en cuanto al número de textos, sino también en cuanto a temas no recogidos antes en esa zona.

La introducción de Julio Camarena contiene algunas observaciones generales sobre el género y otras sobre el material por él recogido, que comentaré brevemente.

Hace notar el autor que "los argumentos que viven en la tradición oral pueden adoptar diversos ropajes y pasar de un género a otro con facilidad". Así, un romance puede convertirse en cuento, una oración en canción, una canción en parte de un cuento, etc., lo que delata la infinita gama de posibilidades de la literatura popular. Otra observación importante es la de la "universalidad" de los argumentos, y da como ejemplo el trabajo de K. Rauke sobre dos cuentos recogidos "desde Malasia a España y desde África Central al Canadá". Ambas opiniones merecen realizarse porque tocan puntos álgidos en el estudio de la tradición oral: la importancia de la forma (y no del contenido) para determinar un género, y lo folklórico como expresión particular, nacional o regional. El primer punto no ha sido totalmente aceptado por muchos recolectores e investigadores, lo que sigue provocando confusión en la delimitación genérica. La segunda idea, emanada del Romanticismo, tiene aún un buen número de seguidores y conduce a menudo a afirmaciones falaces por la ausencia de una visión general de lo folklórico. A este respecto, Julio Camarena hace notar que *quizás* con un detenido estudio comparativo se pudieran evidenciar características regionales (entendemos que se refiere a diferencias profundas en el tratamiento, ya que las léxicas son obvias), pero deja traslucir sus dudas. Esta actitud escéptica emana con toda seguridad de un conocimiento folklórico no limitado a una región, un país, o aun a un mismo ámbito

Más adelante, el autor define el cuento folklórico: obra en prosa que narra sucesos ficticios, contados como tales, y que vive en la tradición

oral variando continuamente. El segundo punto es discutible: no siempre los sucesos son del todo ficticios ya que algunas veces pueden tener una base real y, desde luego, no siempre se cuentan como tales (pienso en los cuentos religiosos y su realidad para el que los relata). Es comprensible que haya querido dar una definición esquemática para poder incluirla en un prólogo, sin embargo, hubiera sido mejor eliminar en lo posible aquellas aseveraciones que pueden prestarse, muy obviamente, a controversias.

Nos dice también Camarena que en sus encuestas ha notado una “desconsideración social” hacia los cuentos, por lo que, para combatir esa idea, hace un breve resumen del origen del cuento como “legado cultural de épocas lejanas”, que ha cumplido y cumple determinadas funciones sociales, de acuerdo con cada época. Según su función, el autor divide el material cuentístico folklórico en cuatro clases: *retahilas*, con función sobre todo lúdica (nos preguntamos si algo así puede considerarse como cuento), *ejemplos morales y religiosos*, con función didáctica conformista, *cuentos de burlas*, que exaltan los valores de las clases humildes frente a las dominantes, y *cuentos de héroes* (personas o animales). A propósito de estos últimos (los más estudiados), Camarena se muestra de acuerdo con las ideas de B. Bettelheim, para quien los cuentos de héroes son “un medio excepcional para que el niño aprecie las ventajas de una conducta moral” y forme su carácter aprendiendo a no dejarse abatir por las dificultades. Esta toma de posición del autor frente a las otras corrientes que consideran la literatura tradicional como un medio de afirmar los valores de las clases dominantes me parece valiosa y, hoy en día, bastante original.

A continuación se nos proporciona una lista de los 51 pueblos encuestados entre agosto de 1980 y septiembre de 1983, se exponen los criterios de la encuesta y algunas ideas acertadas sobre la mejor manera de encuestar. La transcripción de los cuentos trata de reflejar el habla del informante sin estorbar la lectura con signos fonéticos. Camarena da algunas informaciones al respecto.

El producto total de la recolección fue de 1,200 textos, de los cuales se selecciona una parte para su publicación. Este volumen comprende 142 textos de los cuentos que Camarena nombra “de héroes”: 40 textos de cuentos de animales y 102 de cuentos maravillosos. Las otras categorías formarán un segundo volumen. En cuanto a los criterios de selección, nos dice el autor que ha procurado (muy acertadamente) ofrecer al menos una versión de cada uno de los tipos y varias versiones de aquellos cuentos escasos en el ámbito hispánico. También ha intervenido a veces un criterio personal estético que lo ha llevado a publicar varias versiones de un tema muy difundido, lo que es fácilmente com-

La clasificación se ha hecho siguiendo el índice de Aarne, ampliado por Thompson, por ser, pese a sus defectos, el único usado internacionalmente y que además recoge las aportaciones de Boggs sobre los cuentos españoles.

Cada cuento lleva, pues, indicaciones numéricas sobre su tipo, según la clasificación antes mencionada. Además, al final, se consignan los datos pertinentes de la recolección (lugar, fecha, informante —edad y profesión y, en su caso, lugar de procedencia—). Es interesante ver, al consultar estos datos, que los cuentos están narrados por personas de todas las edades (desde los 13 años a más de 80) y que, aunque es cierto que predominan las narradoras, los hombres están representados por un porcentaje respetable (1/3 del conjunto).

Los textos en sí traducen, como ya nos había dicho el autor, el habla del informante, con todos los giros familiares utilizados por el narrador (“Conque...”, “cogió y...”, “¡hombre!”, “¡coño!”, etc.), sus apócopeos (“na”, “to”, “encantao”, “ustés”, etc.), su sintaxis peculiar y sus acotaciones. Todo ello nos produce la impresión de estar oyendo narrar el cuento; la transcripción refleja cabalmente la oralidad del texto.

De la lectura del material resaltan algunas cosas de interés para el estudioso; por ejemplo, el crecido número de coplillas que los narradores utilizan como parte del cuento; muchas veces, el sentido de la copla no coincide cabalmente con la historia tal y como se cuenta; ello indica que en estas ocasiones la prosa ha sufrido variantes importantes, pero éstas no han afectado el verso, que se sigue repitiendo con mucha más fidelidad y quizás con algo de automatismo.

También hay que anotar que, salvo en ciertos casos, las historias narradas son coherentes pese a los varios cruces de motivos y temas que tienen algunos cuentos. Estos cruces, materia prima para la variación, son sumamente interesantes para el estudioso del trabajo de la tradición oral. Asimismo, los textos presentan una gama de posibilidades en los aspectos lingüísticos, folklórico, antropológico y literario, que hacen de este libro un corpus valioso para el investigador.

Dos pequeñas críticas que no debo dejar de hacer son: 1) la inclusión del texto núm. 30 (narración en verso), que es incongruente con la definición de cuento dada por el autor en su introducción. 2) Se echa en falta un índice con los títulos y números de los textos, aunque este índice se repitiera en los índices generales que seguramente el autor incluirá en el segundo volumen.

Para terminar esta pequeña reseña diré que la recolección y publicación de estos textos folklóricos es un trabajo valioso, hecho con seriedad y buen criterio, y de gran utilidad para los especialistas. Para el simple lector, estos cuentos conservan todo el interés, la gracia y el encanto que tuvieron cuando los oyó por primera vez (casi todos son conocidísimos) y al leerlos, volverá a gozarlos.

Esperemos que el segundo volumen no tarde en aparecer, para completar el conjunto y permitir estudios integrales sobre la tradición recolectada.

MERCEDES DÍAZ ROIG